

*El Batallón Británico de la XV Brigada Internacional*¹

Richard Baxel

Resumen: Este artículo examina el papel desempeñado, las experiencias y la contribución de los voluntarios que lucharon en el Batallón Británico de la XV Brigada Internacional en la Guerra Civil española de 1936-1939. El estudio analiza primero la composición del contingente británico, antes de proceder a un examen de los motivos de los voluntarios, con el fin de explicar por qué casi 2.500 hombres y mujeres dejaron Gran Bretaña para luchar “en un país lejano”. Se abordan algunos de los asuntos más discutibles en torno al papel de los voluntarios del Batallón Británico en España, tales como la organización de las Brigadas y el papel de la Comintern, el mantenimiento de la disciplina, las deserciones, la ejecución de voluntarios. El trabajo concluye que recientes estudios han sobrestimado el grado de control “estalinista” dentro del batallón.

Palabras clave: Guerra Civil española, Brigadas Internacionales británicas.

Abstract: This article is an examination of the role, experiences and contribution of the volunteers who fought in the British Battalion of the 15 International Brigade, in Spain's Civil War of 1936-1939. The study first analyses the composition of the British contingent, before turning to an examination of the motivations of the volunteers, in order to explain why almost 2,500 men and women left Britain to fight “in a far away country”. Some of the more contentious issues surrounding the role of the volunteers in the British Battalion in Spain are tackled, such as the organization of the brigades and the role of the Comintern,

¹ Este artículo es un resumen de BAXELL, Richard: *British Volunteers in the Spanish Civil War. The British Battalion in the International Brigades, 1936-1939*, Londres, Routledge, 2004, y ha sido traducido al español por Rosa María López Campillo.

the maintenance of discipline, desertions, and the execution of volunteers. The study concludes that recent studies have over-played the extent of "Stalinist" control within the battalion.

Key words: Spanish Civil War, british International Brigades.

En noviembre de 1996, varios cientos de hombres y mujeres de edad, entre los que se encontraba un grupo de ciudadanos de procedencia británica, se reunieron para rendir homenaje a los amigos y camaradas que murieron luchando en la Guerra Civil española de 1936-1939, en una ceremonia celebrada en las cercanías de la capital madrileña. Éstos eran los miembros supervivientes de las Brigadas Internacionales, aquellos voluntarios procedentes de distintas partes del mundo que se apresuraron a luchar por la República española contra sus enemigos de dentro y de fuera de España. Entre ellos se encontraban ex voluntarios de Gran Bretaña e Irlanda, que participaron en muchas de las más importantes batallas de la Guerra Civil, desde la defensa de Madrid en el invierno de 1936 hasta el último ataque heroico en los márgenes del río Ebro en julio de 1938. El número de británicos caídos en España fue elevado: de los casi 2.500 voluntarios murieron una cuarta parte y más de la mitad resultaron heridos². Los últimos brigadistas se retiraron a finales de 1938 y volvieron a Gran Bretaña tras el desfile de despedida en Barcelona, famoso por el apasionado discurso de la diputada comunista de Asturias Dolores Ibárruri, la Pasionaria.

La creencia popular de que los voluntarios británicos eran intelectuales y poetas es errónea. De hecho, los voluntarios eran abrumadoramente de procedencia urbana y clase trabajadora. La mayoría se dedicaba a oficios de tipo manual, donde «un elevado índice de afiliaciones sindicales no era inusual»³. La media de edad de los voluntarios sobrepasaba justo los veintinueve años, encontrándose una abrumadora mayoría entre los veintiuno y los treinta y cinco. Hasta una quinta parte eran judíos y posiblemente hasta tres cuartas partes, miembros del Partido Comunista⁴.

² Archivo de la Brigada Internacional, Londres (IBA), Caja C, expediente 1/1.

³ WINTRINGHAM, Tom: *English Captain*, Londres, Faber & Faber, 1939, p. 330. ALEXANDER, Bill: *British volunteers for Liberty*, Londres, Lawrence & Wishart, 1982, p. 37.

⁴ Archivo de la Brigada Internacional (IBA), cajas 21, 21a, D-7, expediente

Lo que motivó la salida de estos voluntarios de Gran Bretaña e Irlanda para luchar por la República española estaba claro: a todos les unía el firme propósito de parar el avance del fascismo por Europa. Bill Alexander, autor de lo que podría considerarse como la historia “oficial” del batallón, subraya este hecho enfáticamente:

«La fuerza dinamizadora que condujo a los voluntarios desde Gran Bretaña a España y los unió convirtiéndolos en una unidad de lucha efectiva fue su intenso odio hacia el fascismo. (...) Los voluntarios británicos marcharon a España porque comprendieron que se debía detener al fascismo antes de que éste trajera más guerra y represión»⁵.

Para los voluntarios británicos, Franco estaba apoyado por los poderes fascistas de Italia y Alemania y era, por tanto, claramente un fascista, al menos por asociación. Por ello, los voluntarios no consideraron que se tratara de una guerra civil española, sino como un episodio más de la guerra europea contra la agresión fascista, «el embrión de una guerra mundial», según el periódico liberal inglés *News Chronicle*. Para muchos de los voluntarios británicos éste era el último episodio de una lucha internacional en la que muchos ya habían participado desde casa, combatiendo contra los Camisas Negras del sindicato británico fascista de sir Oswald Mosley. Las opiniones expresadas por Sam Wild, líder del Batallón Británico a finales de 1938, eran generalizadas:

«Bueno, para mí estaba claro. Aquí estaba el fascismo extendiéndose por todo el mundo, la invasión de Abisinia, el crecimiento del fascismo y la persecución de los judíos en Alemania, y la aparición de los Camisas Negras del sindicato británico de Sir Oswald Mosley con su antisemitismo y sobre todo con su política antiirlandesa. Sentí que alguien debía hacer algo para intentar pararlo»⁶.

Como argumentaba otro voluntario británico, se alistaban para ayudar a defender a «un gobierno elegido correcta y debidamente,

A/2; la Colección de las Brigadas Internacionales en la institución «Russian Centre for the Preservation and Study of Historical Documents», 545/6/89-94, y el artículo inédito de SUGARMAN, Martin: «Against Fascism-Jews who Served in the Spanish Civil War», 2000, p. 2.

⁵ ALEXANDER, pp. 30-31.

⁶ Entrevista con Sam Wild, en CORKHILL, D., y RAWNSLEY, S.: *The Road to Spain: Anti Fascists at War, 1936-1939*, Fife, Borderline, 1981, pp. 18-19.

ni siquiera un gobierno socialista, sino más bien uno laborista», de la agresión exterior del fascismo internacional. Para los británicos que se alistaron voluntariamente para la guerra en España, y por supuesto para muchos observadores extranjeros, el conflicto no se consideraba como una guerra civil interna. Walter Gregory, que llegó a España en diciembre de 1936, expresa una opinión generalizada cuando afirma que «aunque la guerra se luchó exclusivamente en suelo español, nunca lo consideré un conflicto interno». Una y otra vez se repite el comentario siguiente en las entrevistas con los voluntarios: «Fuimos a España para derrotar a Hitler»⁷.

El desprecio hacia la resolución de los poderes occidentales de «mantenerse al margen» y el «traicionero pacto de no intervención», que aseguraba que los rebeldes estuvieran mejor armados, fue otro comentario repetido insistentemente entre los voluntarios británicos. Roderick Macfarquar, que sirvió como conductor de ambulancias y socorrista en España, señalaba que «el denominado acuerdo de no intervención organizado por Chamberlain y Eden asfixió la República»⁸.

Muchos de los voluntarios compartían una trayectoria de activismo político, desde manifestaciones contra los Camisas Negras hasta marchas del hambre organizadas por el Movimiento Nacional de los Trabajadores Desempleados. Como uno de los numerosos voluntarios comunistas galeses explicaba, «era un proceso continuo. Aquí estábamos en Mrythyr Tydfil luchando sin parar noche y día. Tras la Marcha del Hambre, salimos para la guerra española. Era una satisfacción y el paso más natural a seguir»⁹.

Para la mayoría, el procedimiento para el alistamiento voluntario fue muy parecido. Los contactos se realizaban a través de las filiales

⁷ Entrevista con John Henderson, en WATSON, Don, y CORCORAN, John: *An Inspiring Example: The North East of England and the Spanish Civil War, 1936-1939*, McGuffin, 1996, p. 53, y en GREGORY, Walter: *The Shallow Grave: A Memoir of the Spanish Civil War*, Londres, Victor Gollancz, 1986, p. 178.

⁸ El artículo de SLOAN, Hugh: «Why I volunteered», en *Scottish Trade Union Review*, núm. 51, julio-septiembre de 1991, p. 31, y una entrevista con Roderick Macfarquar, en MACDOUGALL, Iain (ed.): *Voices from the Spanish Civil War: Personal Recollections of Spanish Volunteers in Republican Spain, 1936-1939*, Edimburgo, Polygon, 1986, p. 85.

⁹ Entrevista con Lance Rogers, en WALES, South: «Miners' Library», en *Miners Against Fascism: Wales and the Spanish Civil War*, Londres, Lawrence & Wishart, 1984, p. 161.

locales del Partido Comunista, y éstos mandaban a los voluntarios a las oficinas del partido en Londres. Aquí se les entrevistaba para evaluar su idoneidad desde el punto de vista militar y político. El conseguir reclutas con la suficiente experiencia militar no era fácil, menos de la mitad declaraba tener alguna experiencia militar¹⁰. Sin embargo, aquellos voluntarios que poseían credenciales políticas adecuadas, como la afiliación a un sindicato u organización política afín, normalmente se aceptaban por su mero compromiso político.

Una vez aceptados, a los voluntarios se les ordenaba comprar billetes de ida y vuelta en fin de semana desde la estación de trenes Victoria a París, para lo que no hacía falta un pasaporte. La prohibición por parte del gobierno británico de que se llevara a cabo el alistamiento voluntario a principios de 1937 obligó a que el proceso se tuviera que realizar de forma secreta, aunque los esfuerzos oficiales por acabar con el mismo tuvieron poco efecto, ya que, como afirmaba un voluntario británico, estaban seguros de que «sólo se trataba de una intimidación. No tenían ningún derecho legal a intervenir». Como S. P. Mackenzie ha demostrado, las autoridades británicas reconocieron que había importantes impedimentos legales para aplicar la Ley de alistamiento extranjero de 1870 al alistamiento voluntario para la guerra española¹¹. Desde París viajaban a España bien por tren (hasta febrero de 1937), o bien eran introducidos en grupos por los Pirineos antes de viajar hasta el cuartel general de las Brigadas Internacionales en Albacete, donde los voluntarios eran alistados y agrupados por nacionalidades.

Se inició un flujo de voluntarios desde Gran Bretaña a España desde el comienzo de la Guerra Civil, aunque hasta la creación del 16.º Batallón Británico de la XV Brigada Internacional, justo antes de la Navidad de 1936, no existió ningún grupo formado exclusivamente por voluntarios británicos. Por el contrario, los voluntarios se iban incorporando a los diversos grupos militares o se asignaban a los batallones de voluntarios franceses o alemanes. Pero el incremento del número de voluntarios llevó al gobierno español en octubre de 1936 a adoptar medidas para formalizar la integración de los

¹⁰ Moscú, 565/9/90-91.

¹¹ Entrevista con Edwin Greening, en el Imperial War Museum Sound Archive, Londres (IWMSA), 9855/7/2, y el artículo de MACKENZIE, S. P.: «The Foreign Enlistment Act and the Spanish Civil War, 1936-1939», en *Twentieth Century History*, vol. 10, núm. 1, 1999, p. 63.

extranjeros en el ejército republicano español. Hacia finales de octubre de 1936 había más de 2.000 voluntarios extranjeros en España y el 25 de octubre concretamente se formó la primera de las Brigadas Internacionales (la XI), que entró en combate en Madrid el 9 de noviembre.

En la XI Brigada Internacional se hallaban varios británicos voluntarios dentro del Batallón Comuna de París, mayoritariamente francés. Varios de los británicos contaban con una experiencia militar previa y se mostraban generalmente bastante críticos con respecto a la organización de las Brigadas Internacionales. ¡Qué poca munición había!, según uno de ellos, «mala, y bastante peligrosa»; las balas sueltas, de modo que había que comprobar las cintas de munición una por una. Había pocas armas disponibles y la instrucción se realizaba según el estilo determinado por la nacionalidad del instructor, lo que causaba considerables malentendidos y confusión. Uno de los británicos comentaría más tarde que «una cosa es cierta: el entrenamiento que recibimos en Albacete, la base de las Brigadas, fue una farsa»¹².

No obstante, el 9 de noviembre los voluntarios británicos de la XI Brigada se encontraron defendiendo una colina en la Casa de Campo, al oeste de la capital, haciendo frente a un asalto de las fuerzas rebeldes. Su heroica defensa obligó a los rebeldes a abandonar su ataque directo, aunque a un elevado coste. Más de un centenar de combatientes del batallón francés fueron aniquilados, incluyendo varios miembros del contingente de habla inglesa. Varios días más tarde, los supervivientes del grupo inglés avanzaron entrando en la Ciudad Universitaria, que había sido ocupada por el ejército marroquí. Atacaron las líneas de comunicación de los rebeldes, y ocuparon el edificio de la Facultad de Filosofía y Letras, donde combatieron junto a algunos de los anarquistas de Durruti y un grupo de mineros asturianos. El batallón consiguió defender con éxito el edificio durante una semana, forzando a los estudiosos intelectuales John Cornford, John Sommerfield y Bernard Knox a utilizar los libros como barricadas contra el fuego de las armas ligeras de los rebeldes. Hacia el 23 de noviembre, las fuerzas rebeldes del general Mola controlaban dos terceras partes de la Ciudad Universitaria, aunque ya estaba claro para los nacionalistas que las fuerzas republicanas se encontraban entonces bien establecidas y organizadas, y que el

¹² Entrevista con Sam Russell, IWMSA, 9484/6/6, y Bernard Knox en *Essays Ancient and Modern*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1989, p. 263.

ataque directo contra Madrid había fracasado. Como consecuencia, los generales rebeldes se vieron obligados a suspender su ataque.

Mientras tanto, otro grupo, de británicos también había estado combatiendo en Madrid, como parte integrante de la XII Brigada Internacional. Este grupo perteneciente al Batallón alemán Thaelmann, estaba formado por más de una docena de hombres, y participó en varias escaramuzas al sur de Madrid, incluyendo un mal planeado, ejecutado y desastroso ataque al Cerro de los Ángeles, una colina al sur de Madrid. Como David Marshall describió, los preparativos militares para el ataque fueron desastrosos y el nivel de preparación militar de los voluntarios, pésimo: «Ni siquiera habíamos disparado los fusiles antes de entrar en acción»¹³.

Dos semanas antes de Navidad, el Batallón Thaelmann fue trasladado al pueblo de Boadilla del Monte, al oeste de la capital, que había caído bajo una pesada cortina de artillería rebelde. Durante el avance de las fuerzas rebeldes, la sección inglesa se separó de sus camaradas españoles y quedó bajo un intenso fuego de ametralladoras proveniente de una sierra que, justo momentos antes, había estado ocupada por los soldados republicanos españoles. Mientras intentaban retroceder desesperadamente se vieron atrapados en un fuego cruzado mortal. Sólo 17 de los aproximadamente 40 que iban consiguieron retroceder con éxito. Con la mayoría del contingente muerto, esto supuso el fin de la participación de un grupo británico en el Batallón Thaelmann.

Sin embargo, hacia finales de 1936 los voluntarios británicos llegaban en tal número que la creación de un Batallón Británico en lugar de la integración de los mismos en una unidad francesa o alemana se estaba convirtiendo en una posibilidad real. El primer paso se produjo en el mes de diciembre con la creación de una compañía de habla inglesa, como parte de la XIV Brigada Internacional al mando del general Walter. El fuerte contingente británico de 145 hombres fue enviado al frente cordobés en el sur de España en la víspera de Navidad de 1936, donde participaron en el intento de la toma del pueblo de Lopera. Muchos de los reclutas, que no habían manejado un arma antes de su llegada a Lopera, se encontraron con rifles Austrian Steyr fabricados a finales de siglo. El 28 de diciembre, la deficientemente armada y entrenada compañía británica avanzó

¹³ Entrevista con David Marshall, IWMSA, 9330/4/2.

subiendo la colina hacia el pueblo, hallándolo ferozmente defendido por las fuerzas rebeldes. Enfrentados con una fuerza enemiga superior, los británicos no encontraron otra alternativa que retroceder, proceso durante el cual se produjeron numerosas bajas. Sin la experiencia de su comandante, George Nathan, quien consiguió organizar la retirada bajo el intenso fuego de la artillería rebelde, el número de bajas hubiera sido probablemente muy superior.

Los altos mandos de la base de la Brigada Internacional estaban horrorizados ante la catástrofe, y se realizaron esfuerzos para averiguar por qué el batallón había actuado de forma tan desorganizada y poco efectiva. André Marty, comandante de las Brigadas Internacionales en Albacete, y Peter Kerrigan, comisario político de todos los voluntarios de habla inglesa en Albacete, emprendieron una investigación, que concluyó con la ejecución de Delasalle, el comandante francés del batallón, por cobardía y traición. Aunque es posible que Delasalle tuviera contactos con la inteligencia militar francesa, es improbable que fuera un espía rebelde. Lo más probable es que Delasalle fuera el chivo expiatorio del desastre de Lopera.

Hacia mediados de enero se reunió a los supervivientes de la 1.^a Compañía con otros supervivientes de habla inglesa en Albacete y, al cabo de quince días, se había recuperado un grupo de unos 450 hombres, el número suficiente para finalmente autodenominarse como el «batallón de habla inglesa». El batallón fue enviado a Madrigueras, un pequeño pueblo a unos 32 kilómetros de Albacete, que se convertiría en la base de los voluntarios británicos. Bill Rust describió el pueblo como «no muy animado, (...) como todos los pueblos españoles también tenía una iglesia, una muy grande; y un colegio, uno muy pequeño»¹⁴.

Estando en Madrigueras, en enero de 1937, se produjeron divisiones entre los voluntarios irlandeses y británicos, que trajeron consigo la decisión controvertida de los irlandeses de dejar el Batallón Británico y en lugar de eso luchar junto a los voluntarios americanos del Batallón Lincoln. Dicha decisión obviamente dolió a muchos de los británicos, y se comentó con énfasis que «había que distinguir entre los camaradas británicos antifascistas de clase trabajadora y el imperialismo británico». Sin embargo, no ayudó a establecer dicha distinción la muy extendida creencia de que dos altos mandos bri-

¹⁴ La obra *Britons in Spain*, Londres, Lawrence & Wishart, 1939, p. 28.

tánicos del batallón habían intervenido en las actividades secretas del ejército británico en Irlanda.

El que se produjeran divisiones entre los británicos e irlandeses no era sorprendente. James Hopkins ha sugerido que «la mayoría de los voluntarios irlandeses, si no todos, eran miembros del ejército republicano irlandés»¹⁵. Como era de esperar, muchos de los ex activistas y partidarios del IRA encontraron extremadamente difícil luchar codo con codo junto a sus antiguos adversarios a pesar de la retórica internacional de los comisarios políticos. Del mismo modo, muchos de los ingleses parecían no poder superar la imagen ignorante y estereotipada de los irlandeses como haraganes y borrachos. No obstante, los voluntarios irlandeses supervivientes volverían más tarde a luchar con el batallón inglés después de la batalla de Brunete.

El 9 de febrero de 1937 los quinientos británicos restantes del batallón, bajo el mando del “capitán inglés” Tom Wintringham, fueron trasladados en camionetas a Chinchón, a unas 15 millas de Madrid y a 10 millas al sureste de una nueva avanzadilla nacionalista, que amenazaba la vital conexión por carretera entre Madrid y Valencia. Las fuerzas nacionalistas habían cruzado el río Jarama y la recién formada XV Brigada Internacional, incluyendo el Batallón Británico, se lanzó a defenderla. El batallón avanzó por el valle del Jarama. Para Albert Charlesworth, un pulidor de metales de Oldham, al principio le parecía un día precioso. Era un sueño del que pronto despertaría muy rudamente:

«Creí que se trataba realmente de un día magnífico. Era un bonito día, un día precioso. El sol salió, comenzó a hacer muchísimo calor y me pareció que los pájaros trinaban de forma muy agradable. No nos estaban disparando, aunque parecía que se estaban pegando tiros —al menos eso fue lo que pensé—. Pero no fue hasta las once de la mañana cuando me di cuenta de que los pájaros que trinaban no eran sino balas que pasaban silbando y que tenía lugar una dura batalla»¹⁶.

Al aproximarse el fuego y percatarse de que los rebeldes habían cruzado el río, los británicos rápidamente retrocedieron a la cima de la sierra, más tarde conocida como la “Colina del Suicidio”, y

¹⁵ La obra de HOPKINS, James K.: *Into the Heart of the Fire: The British in the Spanish Civil War*, California, Stanford, 1998, p. 174.

¹⁶ Entrevista con Albert Charlesworth, IWMSA, 798/4/1.

ocuparon posiciones defensivas. Después se prepararon para atacar a las fuerzas rebeldes que avanzaban.

Para muchos de los voluntarios británicos ésta fue su primera experiencia en acción y se enfrentaban con el ejército marroquí de Franco, formado por una élite de regulares endurecidos por su experiencia en la batalla, que se encontraban en su elemento al avanzar cruzando el campo abierto del valle del Jarama. Los voluntarios descubrieron rápidamente que el mínimo entrenamiento recibido en Madrigueras no era suficiente preparación para enfrentarse a estos soldados de élite, a pesar de su confianza inicial. Las armas y munición eran extremadamente escasas. Como Eddie Brown, un experto activista antifascista de Escocia, ha señalado, «no podías malgastar la munición. No había munición que malgastar»¹⁷. La situación se exacerbó porque a las ametralladoras británicas se les había suministrado cintas con la munición equivocada. Además, la camioneta que transportaba la munición correcta había sufrido un accidente. Bajo el feroz ataque de las fuerzas nacionalistas la situación rápidamente se volvió desesperada conforme crecían las bajas de manera alarmante.

Al final de la tarde, al batallón no le quedó otra opción que intentar una retirada organizada de la Colina del Suicidio, y mientras los británicos se retiraban, los soldados rebeldes rápidamente remontaron la colina y ocuparon las posiciones que dejaban los británicos al retroceder. Sin embargo, por fin apareció la munición de correcto calibre para las ametralladoras y se utilizaron causando un efecto devastador sobre los soldados rebeldes que, por una vez, fueron cogidos totalmente al descubierto y por sorpresa. Las tropas nacionalistas se retiraron fuera de nuestro alcance, con lo que finalizó el primer día de la batalla del Jarama. El Batallón Británico había soportado siete horas con cuantiosas bajas, y, «de los cuatrocientos hombres de las compañías de infantería, sólo quedaron ciento veinticinco. En total quedó menos de la mitad del batallón»¹⁸.

El segundo día de batalla no fue menos aterrador. Wintringham preparó las mermadas fuerzas lo mejor que pudo, pero conforme avanzaba el día, los batallones franco-belga y Dimitrov, que se hallaban a la derecha, fueron obligados poco a poco a retroceder y el batallón se encontró cercado por tres flancos. En ese momento, Bert Overton, el comandante de la 4.^a Compañía, se dejó llevar por el pánico,

¹⁷ Entrevista con Eddie Brown, en MACDOUGALL, p. 110.

¹⁸ ALEXANDER, p. 97.

retirando su compañía de la línea del frente. Esto dejó el flanco de la Compañía de ametralladoras totalmente desprotegido y las fuerzas rebeldes rápidamente se aprovecharon de la situación y les cercaron. Hasta 30 hombres de la Compañía de ametralladoras, incluyendo el comandante y su segundo, fueron capturados. Cuando se percató del alcance de su error, intentó repararlo liderando una carga de cuarenta hombres en un desesperado intento de recuperar las trincheras hasta hacía poco ocupadas por la Compañía de ametralladoras de Fry, pero los soldados nacionalistas simplemente los barriaron brutalmente con las ametralladoras capturadas. Sólo seis de los 40 hombres consiguieron volver a los puestos británicos¹⁹.

El 14 de febrero, tercer día de la batalla, trajo un nuevo ataque contra la línea británica por parte de una nueva brigada rebelde, apoyada por carros de combate. El aplastamiento de las ametralladoras bajo los tanques causó la ruptura de la línea británica y la retirada de los voluntarios en pequeños grupos por la ladera hacia la carretera de Chinchón. Aquí recibieron la visita del teniente coronel Gal, el comandante de la XV Brigada Internacional, que les explicó que eran las únicas tropas que había entre los rebeldes y la carretera de Valencia. A pesar de su agotamiento físico y emocional, 140 voluntarios volvieron para intentar retomar las posiciones perdidas.

La vuelta al frente en el tercer día de la batalla del Jarama se ha convertido en una de las imágenes más memorables de la participación británica en España, ya que no hay duda de que, como admitió Hugh Thomas, «fue una acción valerosa»²⁰. Mediante el mantenimiento de una intensa e implacable barrera de fuego, los voluntarios consiguieron engañar a las fuerzas rebeldes haciéndoles creer que se enfrentaban a más que un puñado de hombres. Los soldados rebeldes retrocedieron a sus posiciones anteriores y, durante las noches del 14 y 15 de febrero, llegaron más unidades republicanas y consiguieron taponar la brecha en la línea defensiva. Ambos bandos excavaron trincheras y se produjo un estancamiento de la situación. Las posiciones permanecerían prácticamente estáticas durante el resto de la guerra.

¹⁹ National Museum of Labour History (NMLH, Manchester), CP/IND/POLL/2/5-6.

²⁰ RUST, pp. 51-54, y RYAN, Frank (ed.): *The Book of the XVth Brigade: Records of British, American, Canadian and Irish Vounteers in the XV International Brigade in Spain 1936-1939*, Madrid, War Commissariat, 1938, pp. 58-61, y la obra de THOMAS, Hugh: *The Spanish Civil War*, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1961, p. 592.

Comprendiblemente, el elevado número de bajas en el Jarama ocasionó un enorme impacto en la moral de los voluntarios, que empeoró considerablemente tras un largo período de permanencia en el frente. Salvo dos breves períodos de descanso, el Batallón Británico permaneció en el frente del Jarama hasta el 17 de junio cuando, tras setenta y tres días, la brigada fue finalmente retirada.

En julio de 1937 el Batallón Británico entró de nuevo en combate, en una ambiciosa ofensiva, a 15 millas al oeste de Madrid, ideada para traspasar las líneas nacionalistas en su punto más débil para así aliviar la presión sobre Santander en el norte de España. El 2 de julio, una vez descansados y restablecidas las fuerzas con la incorporación de nuevos reclutas procedentes de Inglaterra y de los hombres que se habían recuperado de sus heridas, se trasladó al batallón desde Albacete. Era, según creía Fred Copeman, una situación muy distinta a la del Jarama: «Brunete fue una acción donde teníamos de todo. Teníamos las armas. El batallón estaba compuesto por seiscientos sesenta hombres. Todos ellos estaban entrenados y los comandantes eran buenos profesionales»²¹.

Al amanecer del 6 de julio el Batallón Británico comenzó su avance sobre el pueblo de Villanueva de la Cañada, a unas pocas millas de Brunete. Mientras que el Batallón americano Washington avanzaba por el norte del pueblo, los Batallones Británico y Dimitrov lanzaron un ataque al sur en un intento de aniquilar la fuerza defensiva rebelde. Sin embargo, las ametralladoras y francotiradores situados estratégicamente en la torre de la iglesia obligaron a los atacantes a cubrirse en cualquier lugar disponible y a esperar a temperaturas de pleno verano de más de 40 grados, muertos de sed, hasta el anochecer. Al llegar la noche, varios de los rebeldes acorralados, intentando escapar mediante el subterfugio de parapetarse tras unos civiles, abrieron fuego mientras se acercaban a las fuerzas rebeldes. A los miembros del batallón no les quedó otra opción más que responder al fuego, causando un número de bajas civiles²².

Villanueva de la Cañada fue tomada finalmente hacia la medianoche. Peter Harrison, que trabajaba como administrador hospitalario, visitó el pueblo poco después de que se tomara:

«Era una visión de lo que se convertiría en una imagen demasiado familiar en el futuro. Un pueblo reducido a escombros, visto en aquellas

²¹ Entrevista con Fred Copeman, IWMSA, 794/13/6.

²² Entrevista con Sydney Quinn, IWMSA, 801/3/2.

fotos de los pueblos junto al río Somme en la Primera Guerra Mundial. Había sido defendido desde pequeños puestos fortificados de un viejo frente protegido por alambre espinoso. Enormes cráteres producidos por bombas por todas partes y sobre todo el hedor de los cadáveres enemigos pudriéndose bajo los escombros, y moscas, moscas y más moscas»²³.

Al día siguiente el batallón avanzó sobre la sierra Mosquito, cuyas cumbres daban al río Guadarrama, que había constituido su primer objetivo. Desafortunadamente, sin embargo, la brigada, debilitada por la fatiga, sed y constante bombardeo aéreo, no pudo avanzar lo suficientemente rápido para llegar a ocupar la cima y las fuerzas rebeldes aprovecharon rápidamente la oportunidad para tomar esa posición. La artillería nacionalista descargó una cortina de fuego durante dos horas sobre los republicanos que avanzaban, permitiendo que se incorporaran a la acción incluso más refuerzos rebeldes. Dichas fuerzas consiguieron inmovilizar al Batallón Británico mediante una artillería y cañoneo bien dirigido combinado con una total superioridad aérea.

Tras el intento fallido de tomar la sierra, la ofensiva de Brunete no continuó. A pesar de que la República había conseguido más de cuarenta millas cuadradas de territorio, las cumbres de Romanillos, su objetivo principal, permaneció en manos nacionalistas. Además, después de Brunete, las Brigadas Internacionales constituían solamente el 5 por 100 del ejército republicano, comparado con el 20 por 100 anterior a la batalla. El Batallón Británico contaba con 331 voluntarios en las filas al comienzo del episodio en Brunete y sólo quedaron 42 al final²⁴.

El costoso fracaso de la ofensiva de Brunete sumió las unidades de la XV Brigada Internacional en un estado de crisis. Un informe de "Gallo" (Luigi Longo, un antiguo miembro de la III Internacional que había participado en la creación de las Brigadas Internacionales) calculaba que más de la mitad de la Brigada fue aniquilada, herida o dada por desaparecida tras la ofensiva²⁵. Del escaso número de voluntarios británicos que quedaron todavía aptos para el servicio

²³ P. D. Harrison, manuscrito inédito, copia del autor, p. 117.

²⁴ BROME, Vincent: *The International Brigades: Spain, 1936-1939*, Londres, Heinemann, 1965, p. 90. HOPKINS, p. 256.

²⁵ Moscú, 33987/3/1015 y 35082/1/42, citados en RADOSH, Ronald; HABECK, Mary M., y SEVOSTIANOV, Grigory (eds.): *Spain Betrayed: The Soviet Union in the Spanish Civil War*, Londres, Yale University Press, 2001, pp. 233 y 238.

en el frente tras la ofensiva, muchos tenían la moral baja y se cuestionaba la disciplina y compromiso de sus camaradas españoles. Las disputas que amenazaban con producirse desde Jarama entre destacadas figuras británicas en España adquirieron mayor trascendencia. Walter Tapsell, el comisario político del Batallón Británico, criticó abiertamente la estrategia republicana de batalla y acusó al comandante de la XV Brigada, Gal, de grave incompetencia. Como señalaba George Aitken, era importante reconocer «hasta qué punto tres semanas de batalla como las que nosotros sufrimos en Brunete podía afectar a algunos hombres»²⁶.

A mediados de agosto de 1937, la XV Brigada Internacional, incluyendo los 400 miembros del Batallón Británico (de los que poco menos de la mitad eran británicos)²⁷, fue trasladado al frente de Aragón, que se convertiría en el objetivo de una nueva ofensiva para tomar la ciudad de Zaragoza. El 24 de agosto se lanzó un ataque contra Quinto, un puesto fortificado cerca de Zaragoza, y al día siguiente se le ordenó al Batallón Británico que atacara la que, según informaciones del personal de la Brigada, era la escasamente defendida colina Purburel, un fortín natural que dominaba el pueblo. Sin embargo, había sido fortificada de forma experta siguiendo instrucciones de consejeros militares alemanes y llevó dos días y la muerte del comandante del batallón, Peter Daly, tomar la colina.

El 27 de agosto, un número menguante de miembros de la XV Brigada Internacional se trasladó al cercano pueblo de Belchite. El Batallón Británico había quedado reducido a poco más de un centenar de hombres y, tras los enormes esfuerzos realizados para tomar Quinto y la colina Purburrel, tenía la moral todavía más baja. Cuando se le ordenó al batallón que se trasladara a Mediana, a seis millas al norte de Belchite, algunos miembros del batallón se negaron en principio a cumplir la orden. Sin embargo, tras una reunión de miembros del destacamento, el batallón, vacilante, marchó sobre Mediana y atacó a las tropas rebeldes, forzándolas a retroceder al pueblo. Mientras tanto la batería antitanque y los restantes batallones de la XV Bri-

²⁶ IBA, caja C, expedientes 8/2, 16/1, 16/3 17/1 y 17/7, de *To Tilt at Windmills: A Memoir of the Spanish Civil War*, East Lansing, State University of Michigan Press, 1996, p. 36. HOPKINS, p. 242.

²⁷ A partir de aquí los británicos siempre estarán en minoría en el batallón. A finales de 1937, los internacionalistas componían aproximadamente la mitad de la XV Brigada. Informe del general Walter, Moscú, 35082/1/95.

gada Internacional lanzaron un furioso ataque contra Belchite; los tres cañones de los antitanques dispararon 2.700 proyectiles en dos días. Finalmente Belchite fue tomada el 6 de septiembre, tras algunos de los más heroicos combates cuerpo a cuerpo conocidos en España, lo que dejó el pueblo prácticamente reducido a polvo²⁸.

Varias semanas más tarde, en una desastrosa operación contra el cercano pueblo aragonés de Fuentes de Ebro, el Batallón Británico perdió otro comandante: Harold Fry, el comandante de la Compañía de ametralladoras del Jarama, que había vuelto a España durante el verano. Fry, junto con otros, cayó el 13 de octubre durante el poco afortunado intento de tomar el pueblo. Tras la debacle de Fuentes, el batallón descansó hasta diciembre, tiempo durante el cual recibieron visitas de varios visitantes ilustres, incluyendo al cantante americano Paul Robeson y al líder del partido laborista, Clement Attlee. Para divertir a los voluntarios y levantar su moral, Walley Tapsell organizó un espectáculo deportivo. Mientras que un ciudadano inglés ganó al boxeo, los dos equipos de fútbol británicos, uno compuesto por miembros del batallón y otro por hombres de la batería antitanques, fueron ampliamente derrotados por equipos españoles.

En diciembre de 1937 los republicanos lanzaron otra ofensiva en Aragón que, inicialmente, tuvo un buen resultado. El 8 de enero los republicanos consiguieron un espectacular éxito cuando los nacionalistas se rindieron entregando Teruel a la República. Los partidarios republicanos de todo el mundo aclamaron la victoria como un momento decisivo de la guerra y una demostración del poder del nuevo ejército republicano. Pero a los pocos días una contraofensiva nacionalista amenazaba con recuperar lo que los republicanos habían conseguido con su dura lucha, y, el 17 de enero, las Brigadas Internacionales se vieron de nuevo inmersas en una batalla en un intento desesperado de cortar el avance nacionalista. El Batallón Británico resistió tenazmente, luchando en condiciones de frío extremo, pero las tres compañías de infantería acabaron diezmadas y murieron 21 británicos. En total el batallón perdió una tercera parte de sus miembros en Teruel. La fuerza británica se retiró, aunque su período de descanso y recuperación duraría poco, al ganar ímpetu la contraofensiva nacionalista.

²⁸ ALEXANDER, pp. 150-151.

El 7 de marzo de 1938, Franco lanzó un ataque masivo y bien preparado contra las fuerzas de Aragón. Lo que comenzaría como una serie de incursiones para los nacionalistas se convirtió rápidamente en una retirada definitiva para los republicanos, ya que sus líneas prácticamente se derrumbaron. Se le ordenó a la XV Brigada Internacional que defendiera Belchite, pero como los rebeldes avanzaban en elevado número, con la ayuda de pesadas ametralladoras, artillería y una barrera aérea, el batallón se vio forzado a retirarse de Belchite para evitar quedar cercado. El ayudante del batallón español, José Calatayud Mayguez, comandante de la compañía, y otros 30 hombres cayeron muertos o heridos al intentar escapar desesperadamente. Casi una semana de frenética retirada siguió, durante la cual el batallón luchó para no quedarse cercado por el rápido avance de la enorme fuerza nacionalista. El batallón retrocedió pasado Híjar y Alcañiz, que cayeron también ante el aparentemente imparable empuje rebelde.

El 15 de marzo, seis días después de iniciada la defensa de Belchite, los hombres que quedaban del Batallón Británico llegaron a Caspe, donde tuvieron que entrar en combate, en gran medida cuerpo a cuerpo, para cubrir la retirada desde una posición indefendible. A pesar de una heroica resistencia, al final del 15 de marzo tuvieron que abandonar Caspe también. Sólo dos días más tarde, cuando los agotados voluntarios alcanzaron Batea, llegarían los refuerzos republicanos, y el avance nacionalista se detendría, aunque temporalmente.

El 30 de marzo, dos semanas después, los nacionalistas lanzaron otra gran ofensiva al sur del río Ebro. Forzados a retirarse desde Belchite hacia Calaceite, los británicos se encontraron con un grupo de tanques italianos, que al principio fueron confundidos con tanques republicanos. Un elevado número de hombres de la Compañía Major Attlee se vieron obligados a rendirse, además de los al menos otros 50 heridos por el tiroteo italiano, incluyendo varios superiores del batallón. Con los mandos del batallón capturados o muertos, los voluntarios se dividieron en pequeños grupos y, viendo que Calaceite estaba ya en manos rebeldes, intentaron alcanzar el frente pasando las fuerzas rebeldes, que conforme pasaban las horas se alejaba cada vez más.

Varios de aquellos que sobrevivieron y lograron regresar para unirse al batallón se vieron forzados a cruzar a nado el ancho y rápido río Ebro. Les llevó tres semanas y un viaje de casi 45 millas

detrás de las líneas enemigas regresar al lugar seguro en que, a mediados de abril de 1938, se había convertido la zona sur de la República, separada de la zona norte en Cataluña, tras el avance de los rebeldes hasta Vinaroz. Pero para sorpresa de muchos —incluidos los rebeldes— las fuerzas republicanas pronto emprenderían un ataque a través de Aragón y regresarían cruzando el Ebro, en la acción probablemente más audaz de la guerra.

El comienzo del verano de 1938 fue otro período de reorganización y recuperación de la moral para la XV Brigada Internacional, durante el cual se produjo la sustitución de su comandante, Copic, por un español, el mayor Valledor, un veterano de la revuelta de Asturias. El proceso de recuperación fue facilitado considerablemente, por una parte, por la apertura temporal de la frontera española con Francia desde marzo a mayo de 1938, que permitió que el ejército republicano consiguiera nuevas armas, y, por otra, por los nuevos reclutas que hicieron que el batallón recuperara su fuerza con unos 650 hombres, de los que aproximadamente un tercio eran británicos.

El batallón se mantuvo activo entrenándose en diferentes procedimientos para cruzar ríos, preparándose para una espectacular ofensiva en Aragón a través del río Ebro. Durante las noches del 23 y 24 de julio las fuerzas republicanas comenzaron la travesía del río en 16 puntos distintos a lo largo de un frente de 50 millas. En la tarde del 25 de julio, a pesar de los continuos ataques de la aviación rebelde, el Batallón Británico se encontraba a una milla de Corbera, un pequeño pueblo en la carretera de Gandesa. Con el apoyo del Batallón Británico, la XIII Brigada Española consiguió tomar Corbera, mientras las fuerzas rebeldes retrocedían para defender Gandesa.

Al día siguiente, el Batallón Británico avanzó hacia Gandesa, un elemento clave para la ofensiva del Ebro. Sin embargo, la escasez de equipos motorizados y sin el elemento sorpresa de su parte, se encontraron con la cada vez más feroz resistencia de las fuerzas nacionalistas. Se pidió al batallón que atacara la cota 481, que daba a Gandesa, y que había que tomar para que el ataque al pueblo tuviera alguna posibilidad de éxito. Los británicos pronto descubrirían que la colina había sido expertamente fortificada y era defendida con la máxima energía, y a pesar de diversos costosos intentos durante varios días, no pudieron tomarla. El 3 de agosto se produjo el último desesperado, y finalmente fracasado, intento de tomar la colina 481,

antes de que las fuerzas republicanas desistieran de tomar Gandesa y ocuparan posiciones defensivas. Como Matthew Hughes y Enriqueta Garrido señalaron: «El valor del ejército del Ebro, luchando con un calor de verano sofocante, no pudo con una oposición atrincherada, con los apoyos adecuados e igualmente determinada a resistir»²⁹.

Con los republicanos ahora a la defensiva, el 11 de agosto los nacionalistas contraatacaron en las montañas al sur de la Sierra Pandols. El Batallón Británico, posicionado en las principales lomas, sufrió un masivo bombardeo de artillería y fue atacado por dos batallones nacionalistas. Situados en una posición muy precaria, con poca cobertura defensiva, y con la dura roca imposibilitando la excavación de trincheras, poco podían hacer los británicos salvo intentar pasar lo más desapercibido posible, e intentar evitar los ataques de la certera artillería nacionalista. A pesar de esto, los británicos consiguieron volver a capturar la cota 356 en la cercana Sierra Caballs dos semanas más tarde, a pesar del aplastante número de soldados nacionalistas y de la implacable artillería y bombardeos aéreos.

Septiembre de 1938 sería el último mes de acción para el Batallón Británico de la XV Brigada Internacional. El 23 de septiembre el Batallón Británico, con sólo 337 hombres, subió al frente para su última acción en tierra española. Tras soportar una intensísima descarga de artillería nacionalista durante cinco horas, fue, según palabras de Peter Kerrigan, «sometido a un intenso fuego cruzado». La 1.ª Compañía, en particular, sufrió lo peor del ataque, pero permaneció en sus posiciones hasta que sus trincheras fueron invadidas.

El batallón se retiró al atardecer. Doscientos hombres habían resultado muertos, heridos o llevaban tres días desaparecidos. Para algunos fue un trágico y desgarrador final de su papel en España. Kerrigan describió su conmoción ante el terrible resultado de la última acción:

«Podría dar docenas de ejemplos de actos de heroísmo individual, pero de qué serviría. La lista de menciones que adjunto relata en escuetos términos oficiales los actos de gloria inmortal llevados a cabo en un escenario donde nuestros hombres más valientes morían despedazados. Vi lo que la 1.ª Compañía pasó en Córdoba y nunca olvidaré el momento en que informaron

²⁹ El artículo de HUGHES, Matthew, y GARRIDO, Enriqueta: «Planning and Command: the Spanish Republican Army and the Battle of the Ebro, 1938», en *International Journal of Iberian Studies*, vol. 12, núm. 2, 1999, pp. 109-112.

sobre la cuantía de nuestras bajas en aquellos tres primeros días en el Jarama. Pero nada puede compararse con el final de nuestro batallón»³⁰.

Como Peter Carrol observó, el gran coraje y la convicción de que se trataba de una causa justa «no pudo con la inexperiencia, mala coordinación y una fuerza militar superior»³¹. Pero las mermadas filas de voluntarios británicos no abandonarían España inmediatamente. Dos eventos marcarían formalmente la retirada de los brigadistas internacionales de España. El 17 de octubre todos los voluntarios extranjeros de la 35.^a División desfilaron y se les pasó revista, y varios de ellos fueron ascendidos y felicitados. La última aparición del batallón fue en un desfile de despedida en Barcelona a finales de octubre, en la que importantes figuras republicanas, incluyendo el presidente Azaña y el primer ministro Negrín, expresaron su agradecimiento a los internacionales. El discurso de la Pasionaria, pronunciado ante más de 13.000 internacionales, fue el momento culminante de un acontecimiento extremadamente emotivo. Tras calificar a los voluntarios como «historia» y «leyenda», les invitó a regresar a España, «cuando el olivo de la paz renueve sus hojas». Sería una larga espera.

Para los voluntarios fue la marcha lo que produjo sentimientos encontrados. Aunque ciertamente querían marchar a casa, también estaba claro que muchos sentían que «dejaban sin acabar la tarea emprendida». La guerra no había acabado en absoluto, y la precaria situación de la República iba empeorando progresivamente. Tras varios retrasos burocráticos, los voluntarios británicos se marcharon de España en tren a principios de diciembre de 1938.

En las historias “oficiales” del batallón, el papel de las Brigadas Internacionales en España siempre se ha relatado como un cuento heroico sobre la solidaridad internacional de la clase trabajadora, “la última gran causa”. Sin embargo, dicha imagen de las Brigadas Internacionales ha sufrido un ataque continuo y prolongado. Algunos trabajos argumentan que las Brigadas no sólo estaban dominadas por los comunistas, sino que, más significativamente, estaban controladas por la III Internacional. Estas publicaciones son muy críticas

³⁰ Carta de Peter Kerrigan a Henry Pollitt, 27 de septiembre de 1938, IBA, caja C, expediente 25/5.

³¹ CARROLL, Peter N.: *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade*, California, Stanford Press, 1994, p. 162.

con el papel de Stalin, la URSS y la III Internacional (normalmente incapaces de distinguirlos entre sí) en la Guerra Civil. Argumentan que la importancia de las Brigadas iba más allá de la militar; en palabras de R. Dan Richardson, «eran un importante instrumento político, ideológico y de propaganda política, que podía ser —y era— utilizado por la III Internacional para fines propios, no sólo dentro de España sino en el más amplio escenario mundial»³². Sin embargo, como Helen Graham sostiene:

«La forma en que la III Internacional intervino para coordinar la movilización de los combatientes voluntarios por la República proporciona un perfecto ejemplo de la cautela soviética. (...) Las Brigadas Internacionales estaban lejos de ser un “ejército de la III Internacional” (en otras palabras, un instrumento de dominio político de la República). Eran tropas de asalto, parte del plan de emergencia de Stalin. La III Internacional proporcionó el mecanismo de organización vital que posibilitó la canalización sistemática a España de los conocimientos técnicos militares de la izquierda internacional, para evitar la inminente derrota republicana en otoño de 1936. Pero las motivaciones políticas y sociales que trajeron a los brigadistas a España eran tan complejas como las de los primeros voluntarios que habían ido a España sin ningún apoyo organizativo. Visto en el contexto histórico general, las Brigadas Internacionales no eran más una “invención” de Stalin que la dinámica del propio Frente Popular Europeo»³³.

Evidentemente los comunistas sí dominaron el Batallón Británico, ya que, como hemos visto, los voluntarios británicos eran abrumadoramente comunistas. Sin embargo, esta descripción, aunque cierta en lo que a los datos se refiere, es demasiado simplista, ya que sugiere que los miembros del Partido Comunista constituían un bloque homogéneo, una «falange de los disciplinados guerreros de la III Internacional». En realidad, las razones de la afiliación al partido eran tan diversas como las razones que movían al alistamiento voluntario para España, aunque la mayoría de los voluntarios compartían la creencia de que la política convencional dominante no estaba sirviendo a los intereses de la clase trabajadora. No era difícil comprender por qué para aquellos hombres de Gran Bretaña que creían

³² RICHARDSON, R. Dan: *Comintern Army*, Lexington, University of Kentucky Press, 1982, p. 2.

³³ Reseña de ELORZA, Antonio, y BIZCARRONDO, Marta: *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999, de GRAHAM, Helen: *The Volunteer*, vol. 23, núm. 5, invierno de 2001, pp. 17-19.

que la acción directa era necesaria para luchar contra la injusticia, la desigualdad y la extensión del fascismo, el Partido Comunista resultaba tan atractivo por los años treinta. Como George Leeson explicó:

«La razón por la que me uní al Partido Comunista es en parte la razón por la que fui a España. (...) Mis sentimientos y creencias básicas me hicieron antifascista, opuesto a Hitler, y fueron mis razones para incorporarme al Partido Comunista e ir a España. (...) Miré alrededor y pensé que el Partido Laborista no parecía estar haciendo mucho, eran bastante insulsos de cualquier modo y pensé que la única gente que parecía estar haciendo por lo que yo creo —por el socialismo— eran los comunistas, incluso si eran pocos»³⁴.

Esta denuncia del control de las Brigadas por parte de la III Internacional se debe en gran medida al hecho indiscutible de que los comandantes militares de mayor rango eran cargos de la III Internacional, aunque era de sobra conocido la escasez de oficiales de rango medio en el ejército republicano, así como la falta de experiencia militar de muchos de los voluntarios internacionales. Además, en lo que respecta a aquellos oficiales españoles que sí permanecieron con la República, no había forma real de saber si su lealtad estaba garantizada³⁵.

Asimismo, se argumenta que el sistema de comisarios políticos fue instigado por la III Internacional para mantener la disciplina política o, en realidad, para suprimir la heterodoxia. El estudio reciente de James Hopkins sobre los voluntarios británicos mantiene que había una clara escisión entre los líderes y las masas, y que los líderes, tanto a escala nacional como internacional, usaron las Brigadas Internacionales para fomentar los objetivos del Partido Comunista. Dichos objetivos, como él sostiene, estaban entrelazados de modo inextricable con la política exterior de la URSS. Hopkins resume su crítica explícitamente: «Si los hombres se esforzaron por vivir sus ideales políticos en los campos de batalla españoles, fueron traicionados por el partido que hizo posible que estuvieran allí»³⁶.

³⁴ Entrevista con George Leeson, IWMSA, 803/4/1.

³⁵ GRAHAM, Helen: *The Spanish Republic at War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 143-144.

³⁶ HOPKINS, p. 317.

Sin embargo, hay poca duda de que se ha exagerado el grado de control de la III Internacional sobre los voluntarios británicos, al igual que el de la III Internacional sobre el Partido Comunista británico³⁷. Se concedió a este último cierta libertad de maniobra, al igual que se permitió al Batallón Británico cierto grado de autonomía. Además, aunque la mayoría de voluntarios siguieron la “línea de Moscú” durante su primera temporada en España, no significa que todos fuesen seguidores ciegos o “creedores de la verdad”, sino más bien compañeros de viaje que usaban los recursos del partido para que los trajesen a España. No todos los comandantes del batallón eran comunistas o, por lo menos, no cuando se alistaron voluntariamente. Eran bastante representativos: de los quinientos y pico miembros del Partido Comunista de los que se conserva una fecha de afiliación, más del 40 por 100 lo hicieron en 1936 o con posterioridad³⁸.

Los voluntarios no eran unos ingenuos: iban a España a luchar contra el fascismo y la mayoría de los supervivientes todavía cree, con cierta justificación, que hicieron precisamente eso. En este sentido la relación entre el Partido Comunista y los voluntarios es más simbiótica que parásita, ya que el partido facilitó mucho el proceso de alistamiento voluntario y el viaje a la guerra en España. Y durante su estancia en España los voluntarios reconocieron lo que muchos comentaristas parecen ignorar: que la República estaba inmersa en una lucha a vida o muerte y que, como el propio George Orwell reconoció: «la guerra es sangrienta». El mito de la «última gran causa» ha impedido que muchos partidarios de la República acepten que la censura, el encarcelamiento de insubordinados y el ocasional cruel tratamiento de los desertores que ocurrieron en la zona de la República no sean necesariamente síntomas de una “estalinización” de la República española, sino que deberían considerarse como la reacción desesperada del ejército republicano en una amarga lucha por su propia supervivencia.

³⁷ Véase el artículo de THORPE, Andrew: «Comintern “Control” of the Communist Party of Great Britain, 1920-43», en *English Historical Review*, junio de 1998, pp. 637-662, y el de THORP, Andrew: «The Communist International and the British Communist Party», en REES, Tim, y THORPE, Andrew (eds.): *International Communism and the Communist International, 1919-1943*, Manchester, Manchester University Press, 1999, pp. 67-86.

³⁸ Moscú, 545/6/95.

Pero para los críticos de la intervención soviética en España, la represión en la zona republicana no se considera como una reacción a la guerra, sino como una extensión de las purgas de Stalin en la Unión Soviética. James Hopkins afirma que «Stalin tenía toda la intención de lograr una dictadura efectiva en España pero tras una fachada antifascista»³⁹. Esta creencia se pone de manifiesto explícitamente en el trabajo de Radosh *et al.*, que sostienen que Stalin apoyaba la República no tanto porque quisiera impedir que España se convirtiera en otro estado fascista, sino para establecer una «democracia del pueblo», en la línea de los últimos Estados europeos del este.

A pesar de la amplia evidencia del alcance de la influencia soviética en España, esto parece poco probable: no por motivos altruistas de solidaridad por parte de Stalin, sino porque la seguridad de la URSS radicaba en la esperanza de fomentar la distensión con las democracias occidentales, que Stalin, de forma totalmente consciente, sabía que se destruiría ante cualquier signo de patrocinio de una revolución social por la URSS o por la III Internacional. Es más, sobre este punto, de si el Partido Comunista en España actuó como una fuerza contrarrevolucionaria, existe un consenso poco frecuente. Como Chamberlain, Stalin situó la guerra española dentro del contexto de una creciente fuerza alemana y consideró cómo utilizar España para limitar el expansionismo de Hitler: primero, manteniendo Alemania implicada en la guerra tanto como fuese posible, y más tarde, cuando estuviese claro que la República iba a perder, buscando soluciones alternativas.

La evidencia de la intolerancia política del Partido Comunista en las Brigadas proviene en gran parte del elevado número de archivos en Moscú que contenían valoraciones de los voluntarios, preparados por sus líderes militares y políticos. Sin embargo, como Cary Nelson ha señalado, los comentarios —con frecuencia muy despectivos— fueron redactados para los oficiales del partido que se encontraban de vuelta a casa, y comentarios del tipo «*lumpen element*» deben interpretarse en el contexto⁴⁰. Los voluntarios británicos tenían, como mucho, una limitada experiencia militar, y eran arrojados a una guerra

³⁹ HOPKINS, p. 184.

⁴⁰ Véase la reseña que hace Cary Nelson de la obra de HOPKINS, James: *En el centro del fuego*, en la revista *El Voluntario*, vol. 22, núm. 1, invierno de 2000, pp. 5-15.

brutal donde la probabilidad de muerte o de heridas graves era innegable. Visto desde esta perspectiva, quizás no sorprenda que unos cuantos individuos no consiguieran estar a la altura de los estrictos criterios del partido y por el estrés de la guerra reaccionaran bebiendo en exceso o desertando. En muchas de las batallas en España el batallón luchaba contra la élite de las fuerzas nacionalistas; que muchos voluntarios estuviesen disgustados, desmoralizados y desertaran unos cuantos no debe considerarse la consecuencia de su desencanto con la causa y sus líderes. Como uno de los voluntarios británicos, John Longstaff, más tarde observó, «habían sufrido algunas experiencias muy severas y traumáticas en el frente. No habían podido dormir. Habían visto a sus compañeros morir o quedar malheridos. Hay un límite para lo que cualquier hombre puede soportar»⁴¹.

Los voluntarios lucharon en condiciones extremadamente duras, con una dieta que no resultaba adecuada para muchos, frecuentemente contra situaciones militares mucho más favorables. Que siquiera consiguieran funcionar, ni más ni menos, como “tropas de asalto republicanas” es más un testimonio tanto de su valentía individual como de su disciplina colectiva. Así, apenas sorprende, como James Hopkins sugirió, que la cuestión de la embriaguez fuera un problema en el batallón⁴². Y, hasta cierto punto, beber en exceso era tolerado, o por lo menos entendido. Como Jan Kurzke, un voluntario alemán que luchó junto a los británicos en Madrid en 1936, reconoció:

«A veces los camaradas se llegaban a emborrachar. Negar esto sería negar la naturaleza humana. (...) En cualquier caso no se podía ser demasiado duro con los pocos camaradas que tomaban un copa de más en alguna ocasión. No se sabía lo que depararía el día siguiente»⁴³.

Para algunos voluntarios, por supuesto, las presiones de la guerra no podían aliviarse con las ocasionales borracheras, por lo que las desertiones eran otra faceta importante de la insatisfacción percibida con la dirección y las condiciones en España. Siempre se ha reconocido que era un problema para el Batallón Británico, particularmente tras

⁴¹ Entrevista con John Longstaff, IWMSA, 9299/13/10.

⁴² HOPKINS, p. 184.

⁴³ Manuscrito no publicado de la obra de HEARST, Louis: *The First Twelve*, copia del autor, p. 84.

Brunete, cuando la moral estaba muy baja. Como un voluntario admitió, «debo pensar que, honestamente, casi todos los miembros del Batallón Británico quisieron volver a casa en un momento dado, porque era una guerra de privaciones inusuales, de bajas inusualmente elevadas»⁴⁴. Las deserciones eran una reacción comprensible ante el elevado número de bajas y la falta de permisos y repatriación. En cierto modo, el problema de la repatriación era irreconciliable, ya que había una clara contradicción entre los voluntarios como “voluntarios” y como miembros del ejército republicano. Como John Tuna señalaba sucintamente: «Podías alistarte voluntariamente pero no podías dejar el ejército voluntariamente»⁴⁵.

El problema se agravó sin duda porque algunas figuras de partidos británicos garantizaban períodos limitados de servicio en España, aunque parece improbable que fuese un intento deliberado de engañar a los reclutas potenciales; lo que parecía más probable es que los oficiales de los partidos hiciesen promesas que después no podían cumplir. La creencia por parte de muchos voluntarios de que se alistaban por un período de tiempo limitado y que, como voluntarios, al final de ese período se les permitiría volver a casa era una fuente predecible de conflicto una vez que las Brigadas Internacionales se habían incorporado a las filas republicanas y de que se les comunicara que tenían que permanecer en España hasta el final de la guerra.

Aunque, como Joe Norman reconoció, el ejército republicano español «era como cualquier otro ejército, si desertabas y te pillaban, eras castigado», en muchos casos los desertores eran tratados indulgentemente. Cuando “Taffy” Foulkes volvió al batallón tras desertar a Barcelona, el comandante del batallón, Sam Wild, «simplemente le dijo que no se comportara como un maldito idiota otra vez». Algunos voluntarios simplemente se escapaban durante un fin de semana, en particular durante el largo período en la línea del Jarama durante la primavera de 1937, y en estas ocasiones el castigo usual era cavar letrinas. Algunos voluntarios incluso regresaban al batallón tras desertar a Bretaña. Por ejemplo, Pat Murphy desertó a Inglaterra en marzo de 1937, pero regresó a España dos meses después, antes de huir otra vez el 4 de septiembre de 1938. A pesar de sus frecuentes

⁴⁴ Entrevista con John Peet, en CORKHILL y RAWNSLEY, pp. 120-122.

⁴⁵ Entrevista con John Tuna, IWMSA, 849/9/1.

deserciones, Murphy parece que recibió como máximo castigo el encarcelamiento. Otros serían tratados con la misma indulgencia⁴⁶.

A pesar de esta aparente actitud liberal hacia la deserción, es, sin embargo, indudablemente verdad que, en un pequeño número de casos, los desertores del batallón fueron ejecutados. Sin embargo, no fue sólo la deserción lo que les llevó a la muerte, sino el que estas deserciones fueran agravadas por acciones que causaran, o tenían la posibilidad de causar, numerosas bajas entre sus camaradas. El ejemplo más claro de esto ocurrió en Teruel en enero de 1938, cuando dos voluntarios ingleses fueron capturados al intentar desertar a las líneas rebeldes llevándose consigo mapas con las posiciones británicas. Bob Cooney, que entonces trabajaba en la comisaría de la Brigada, admite que uno de los desertores fue ejecutado, y explica muy claramente por qué la falta fue tomada tan en serio:

«Kemp fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento, pero no por deserción. Se le ejecutó porque para desertar estaba dispuesto a traicionar las vidas de sus compañeros dando información a los fascistas. Éste fue el único incidente de este tipo»⁴⁷.

El otro desertor no fue fusilado, pero probablemente, como Bob Cooney y John Dunlop afirman, murió durante un cañoneo, habiendo sido deliberadamente puesto «en una posición delantera». Aunque enviar un voluntario a una posición en la que casi con seguridad moriría parece ahora un asesinato, es poco probable que los voluntarios lo hubiesen considerado de esa manera. Después de todo, como muestra el índice de bajas, las probabilidades de sobrevivir tampoco eran normalmente mucho mayores.

El segundo miembro del batallón ejecutado en España fue Maurice Ryan, un irlandés que había servido en el ejército del Estado Libre Irlandés. Se creía que había tenido inclinaciones fascistas, y mientras que estaba en España había estado encarcelado por confusión, por lo que parecía posible que sus acciones pudieran ser tanto producto de la bebida como del espionaje. Tras descubrir que Ryan, «provocadoramente borracho», había disparado a sus propios compañeros, el cuartel general ordenó que fuese ejecutado por miem-

⁴⁶ Entrevista con Joe Norman, IWMSA, 818/4/2, en JONES, Jack: *Union Man*, Londres, Collins, 1986, p. 69, y en IBA, caja 21a, expediente A.

⁴⁷ Entrevista con Bob Cooney, en CORKHILL y RAWNSLEY, pp. 120-122.

bros del Batallón Británico: «Se decidió que había que deshacerse de él. (...) En todo caso se deshicieron de él, de un solo disparo en la parte posterior de la cabeza»⁴⁸.

A pesar de las ejecuciones y de las listas de los “poco fiables”, la evidencia sugiere que el grado real de insatisfacción en el batallón no fue probablemente tan alto como Hopkins y otros sugieren. Un informe para Marshal Ucroshilov del general Walter, comandante de la 35.^a División, demuestra esto claramente:

«Uno puede y tiene que confirmar que con la excepción de un pequeño número de granujas, aventureros y canallas, una enorme y abrumadora mayoría de los internacionalistas en España estaba cumpliendo con su deber como revolucionarios y eran conscientes de la necesidad de una defensa armada por la libertad y por sus intereses nacionales y de clase»⁴⁹.

Los comentarios de Cary Nelson sobre la importancia de valorar las quejas que se producían dentro de su contexto deben tenerse en cuenta, así como la costumbre habitual del ejército británico de “refunfuñar”. No hay duda de que algunos voluntarios claramente estaban resentidos por la estructura jerárquica de las Brigadas, y que un pequeño grupo destacaba por sus opiniones políticas disidentes⁵⁰. Sin embargo, las quejas y los informes críticos deben considerarse junto al uso del tuteo por los voluntarios británicos cuando se dirigían a sus comandantes, a los que el general Walter se refirió exasperado⁵¹, el uso de juegos de palabras como “*comic star*” para referirse a los comisarios políticos, y los gritos de “*no bloody pan*” en lugar de “no pasarán”; todos los cuales eran síntomas de la reticencia de los voluntarios británicos a tragarse lo que muchos simplemente calificaron como “cuentos del partido”. Como John Peter explica, «esto sólo reflejaba la curiosa costumbre británica de mofarse,

⁴⁸ Entrevista con Tom Murria, en MACDOUGALL, p. 324.

⁴⁹ Informe del “general Walter” al comandante Voroshilov, «People’s Commissar of the Defense of the USSR, Marshal of the Soviet Union», Moscú, 33987/3/1149, citado en RADOSH, p. 471.

⁵⁰ Por ejemplo, como James Hopkins ha demostrado, Alec Marcovitch tenía un largo historial de discusiones con Peter Kerrigan en Glasgow y fue claramente destacado. Sin embargo, muy pocos otros brigadistas fueron encarcelados por inconformismo político, denominado *deviationism*, aunque los desertores recurrentes podían ser encarcelados. Esto era, después de todo, un ejército.

⁵¹ RADOSH, p. 446.

de una forma amable, de los sagrados símbolos y eslóganes patrióticos o políticos»⁵². No hay duda que algunos comisarios políticos sin experiencia o excesivamente rígidos reaccionaron de forma exagerada ante las quejas, quizás incluyendo alguna crítica en el expediente de los voluntarios, pero aquellos que no y que hicieron la vista gorda gozaban generalmente de la simpatía de sus hombres.

Irónicamente, parece que el blanco de gran parte del malestar en el batallón (y en otras unidades internacionales en España) no fue el Partido Comunista, sino sus camaradas españoles del ejército republicano. La creencia de que las Brigadas Internacionales se utilizaban como tropas de asalto y se entregaban más que algunas de las fuerzas españolas estaba al parecer bastante extendida. Walter Tapsell, en una carta donde se defendía de las acusaciones de George Aitken de «estar fomentando el descontento con las tropas españolas», sostenía que

«sencillamente, aunque resulte duro decirlo, cada vez que estábamos con tropas españolas en este compromiso, nos defraudaban. Su comportamiento siempre daba lugar a numerosas bajas, o la inmediata pérdida de las posiciones que habíamos ganado a un alto precio. Esto es un hecho»⁵³.

Tras el espantoso número de bajas ocasionadas en los últimos dos días de servicio activo en septiembre de 1938, Peter Kerrigan confesó a Harry Pollitt que «muchos de los refuerzos españoles recibidos desertaron pasándose al enemigo o se fugaron, y esto se refiere a los españoles recién incorporados al Mac-Paps y otros batallones». Sin embargo, continúa declarando categóricamente que «nuestros propios camaradas españoles lucharon como fieras sin ninguna excepción»⁵⁴. Claramente se debe hacer una distinción entre los voluntarios españoles, muy comprometidos políticamente con las Brigadas Internacionales y endurecidos en el campo de batalla, y los reclutas españoles que, al final de la Guerra Civil, se incorporaban lógicamente a una edad cada vez más temprana. Asimismo, parece que se sentía un gran respeto por los regimientos comunistas españoles de Lister, el Campesino y Modesto. A primera vista podría parecer extraño

⁵² PEET, John: *The Long Engagement: Memoirs of a Cold War Legend*, Londres, Fourth Estate, 1989, p. 77.

⁵³ IBA, Caja C, expediente 16/1.

⁵⁴ Carta de Peter Kerrigan a Harry Pollitt, 27 de septiembre de 1938, IBA, caja C, expediente 25/5.

que los internacionalistas criticaran a la misma gente a la que habían venido a ayudar. Sin embargo, hay que recordar que para los voluntarios no se trataba de una guerra civil entre españoles; era una guerra antifascista. Por tanto, ésta también era su lucha y el hecho de que tuviera lugar en España era irrelevante. España era sólo el último frente en el campo de batalla europeo.

Sin embargo, es importante situar estas críticas a los soldados españoles en perspectiva. Y en cualquier caso las quejas no sólo se dirigían contra los camaradas españoles, había también un grado de intolerancia entre los distintos grupos nacionales dentro de las Brigadas Internacionales:

«La cuestión de la nacionalidad es el mayor punto flaco de las unidades internacionales y el principal obstáculo que impide el crecimiento de nuestro potencial. Se comenta muy poco sobre las relaciones entre las nacionalidades dentro de las unidades internacionales, o más sinceramente, se silencia completamente, pero es precisamente esto lo que origina casi todos nuestros puntos débiles, (...) la francofobia era totalmente evidente (...) el antisemitismo crecía (...). Al mismo tiempo que los voluntarios se unían, se estaba produciendo esta mezquina, repugnante y vil disputa sobre la superioridad de unas nacionalidades sobre otras. Todos eran superiores a los franceses, pero incluso éstos eran superiores a los españoles»⁵⁵.

Estas críticas a otras nacionalidades dentro de la XV Brigada Internacional sí parecen haber estado bastante extendidas. Mientras que la declaración de un voluntario anónimo: «encontré que el orgullo nacional era lo que caracterizaba principalmente la vida de la Brigada Internacional», era probablemente una exageración, claramente sí jugó un papel⁵⁶.

No hay duda de que las historias “oficiales” del Batallón Británico son culpables de eludir, o por lo menos de restar importancia, a temas difíciles como las rivalidades entre distintos grupos nacionales o las desertiones. Pero el descontento, las desertiones u otras cuestiones que las historias oficiales de las Brigadas Internacionales han eludido deben siempre enmarcarse dentro del contexto de una guerra en la que la República luchaba heroicamente por su propia super-

⁵⁵ Informe del general Walter, 14 de enero de 1938, Moscú, 35082/1/95, citado en *ibid.*, pp. 448-449.

⁵⁶ La obra anónima *In Spain with the International Brigade: A Personal Narrative*, Londres, Burns Oates & Washborne, 1938, p. 6.

vivencia. Al mismo tiempo, como muchos veteranos han señalado, la imagen del conflicto presentada en publicaciones críticas recientes no se asemeja demasiado a las experiencias de los voluntarios británicos en la guerra española. Los voluntarios defienden con vehemencia la idea de que no eran unas marionetas de Moscú; vinieron a España para luchar contra el fascismo y, según su concepción del fascismo, hicieron precisamente eso. La mayoría de voluntarios (incluyendo aquellos que dejaron el Partido Comunista) todavía recuerdan con orgullo tanto su propia participación como el apoyo internacional a todos los republicanos durante la guerra, a pesar de las mordaces críticas contra el papel del Partido Comunista en España. Al igual que la propia República española, los voluntarios que lucharon en España tuvieron poco apoyo oficial y, por tanto, agradecieron siempre cuanta ayuda recibieron del Partido Comunista y de la Unión Soviética. Y, después de todo, se ha demostrado que gran parte de los análisis realizados por los voluntarios son exactos. Esos “antifascistas precoces” sí luchaban contra una sublevación militar ilegal lanzada contra un gobierno elegido legalmente; esta sublevación sí estaba apoyada por la fuerza de los poderes fascistas europeos de Italia y Alemania; y la guerra sí era la precursora de un más amplio conflicto europeo que las democracias occidentales evitarían sacrificando la República española. En septiembre de 1939 los gobiernos de Europa difícilmente podían decir que no habían sido advertidos.